

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

La mano  
encantada

Gérard de Nerval

(1808-1855)

# LA MANO ENCANTADA

Gérard de Nerval

(Pseudónimo de Gérard Labrunie)

LA PLAZA DE LA DELFINA .....	2
UNA IDEA FIJA.....	6
LOS GREGÜESCOS DEL MAGISTRADO.....	8
EL PUENTE NUEVO .....	12
LA BUENAVENTURA .....	14
CRUCES Y MISERIAS.....	19
MISERIAS Y CRUCES.....	24
EL CAPIROTAZO .....	28
EL CHÂTEAU-GAILLARD .....	33
EL PRÉ-AUX-CLERCS.....	39
OBSESIÓN .....	42
DE ALBERTO EL GRANDE Y DE LA MUERTE .....	47
MEDIO HEROICO QUE USAN LOS LADRONES PARA ENTRAR EN LAS CASAS.....	49
DONDE EL AUTOR TOMA LA PALABRA.....	53
CONCLUSIÓN .....	54



## LA PLAZA DE LA DELFINA

Nada hay tan hermoso como esos caserones del siglo XVII que la plaza Real nos ofrece en majestuoso conjunto. Cuando sus fachadas de ladrillos bien trabados y enmarcados por molduras y cantos de piedra, y sus ventanas altas se encienden con los resplandores espléndidos del sol del atardecer, siente uno al contemplarlas la misma veneración que ante un tribunal de magistrados vestidos con togas rojas forradas de armiño; y si no fuese una pueril comparación, podría decirse que la larga mesa verde alrededor de la cual esos temibles magistrados se sientan formando un cuadrado se parece un poco a esa diadema de tilos que bordea las cuatro caras de la plaza Real, completando su austera armonía.

Hay otra plaza en París que no es menos agradable por su regular y normal estilo; así como la plaza Real tiene la forma de un cuadrado, ésta, aproximadamente, ofrece la de un triángulo. Fue construida en el reinado de Enrique el Grande, que la llamó plaza de la Delfina; admiró a las gentes de entonces el tiempo escaso que precisaron sus edificios para cubrir todo el terreno inculto de la isla de la Gourdain. Fue un dolor cruel la invasión de este terreno para los curiales, que iban allí a divertirse ruidosamente, y para los abogados, que meditaban en él sus alegatos: ¡un paseo tan verde y florido al salir de la infecta audiencia del palacio!



Apenas se edificaron esas tres hileras de casas erguidas sobre sus pórticos pesados llenos de almohadillas y surcados de frisos; apenas fueron revestidas de sus ladrillos y se les abrieron sus ventanas con balaustres y se las tocó con sus techumbres macizas, aquel pueblo de gentes curiales invadió toda la plaza, estableciéndose cada uno en ella según su categoría y sus medios, es decir, en razón inversa a la altura de los pisos. La plaza se convirtió en una especie de Corte de los Milagros de alto prestigio, una guarida de ladrones privilegiados y de gentes picapleiteras edificada con ladrillo y piedra, mientras eran de barro y madera las moradas de los rateros.

En una de esas casas de la plaza de la Delfina vivía hacia los últimos años del reinado de Enrique el Grande un personaje bastante importante que se llamaba Godinot Chevassut, teniente civil del preboste de París, cargo muy lucrativo y penoso a la vez en un siglo en que los ladrones eran mucho más numerosos que hoy día – ¡tal es la decadencia de la probidad desde aquellos tiempos en nuestra Francia!– y en el que el número de las mujeres de alegre vivir era mucho más considerable – ¡tal es la degeneración de nuestras costumbres! Como la humanidad, desde luego, no cambia, se puede decir, como un antiguo autor, que cuantos más pícaros hay en galera muchos menos hay fuera.

También hay que advertir que los ladrones de entonces eran menos caballerescos que los de hoy, y que este miserable oficio era en aquellos tiempos una especie de arte que hasta los buenos hijos de familia se dignaban ejercer. Muchas



buenas capacidades, arrojadas a los pies de una sociedad llena de barreras y de privilegios, rechazadas por ella se educaban devotamente en aquel oficio; enemigos mucho más peligrosos para los particulares que para el Estado, cuya máquina quizá hubiese estallado sin esta válvula de escape. Además, sin duda alguna la justicia de entonces daba un trato cortés a los ladrones distinguidos, y nadie como el magistrado de la plaza de la Delfina ejerció tan gustosamente esa tolerancia, y ello por razones que ya conoceréis. En cambio, ninguno tan severo como él con los torpes: éstos pagaban por los otros y llenaban los patíbulos, que, según frase de D'Aubigné, daban entonces sombra a París, con gran deleite de los burgueses, que eran entonces mejor robados, con la suma perfección del arte de la briba.

Godinot Chevassut era un hombrecillo orondo que empezaba a encanecer y que se alegraba mucho de ello, al revés de lo que suele ocurrir a casi todos los viejos; así, pensaba él, perdería por fin su pelo aquel color encendido que tenía de nacimiento, y que le valió el desagradable mote de el Salmonete, que sus conocidos, como era más fácil de recordar y pronunciar, cambiaban por su verdadero nombre. Tenía ojos bizcos y muy vivos, aunque casi siempre los medio cerraba bajo el espesor de sus gruesas cejas, y una boca desgarrada como las personas que ríen constantemente. A pesar de todo esto, aunque sus facciones tuvieran casi siempre un gesto maligno, nunca se le oía reír a carcajadas ni, como suele decirse, a mandíbula batiente; sólo cuando se le escapaba alguna frase divertida la acentuaba al final con un ¡ah!, o un ¡oh!, que le salía de lo más hondo de sus pulmones, pero de un efecto único



y singular; esto acontecía con mucha frecuencia, pues nuestro magistrado, aun en el mismo Tribunal, era muy amigo de salpicar su conversación con agudezas, chistes y frases picantes. Por lo demás, era ésa una costumbre muy de las gentes de toga de aquel tiempo y aún hoy lo es de los magistrados provincianos.

Para acabar su retrato sería necesario plantarle en el sitio acostumbrado de la nariz una larga, de punta roma; las orejas bastante pequeñas, lisas y tan diestras en su oficio que eran capaces de oír a un cuarto de legua el tintineo de un cuarto de escudo, y el de un doblón desde mucho más lejos. Por esto, como cierto litigante preguntase si el señor magistrado no tendría amigos a quienes pedirles una recomendación para él, le contestaron que, en efecto, el Salmonete tenía unos amigos a los que hacía enorme caso; que entre ellos estaban monseñor Doblón, don Ducado y hasta maese Escudo; que era necesario hacer intervenir simultáneamente muchas influencias de éstas, y que con ello se podía estar seguro de ser atendido fervorosamente.



## UNA IDEA FIJA

Hay ciertas gentes que sienten mayor simpatía por ésta o aquella cualidad excelsa o por una u otra rara virtud. Unas tienen en más alta estima la grandeza y el arrojo guerreros y sólo las complacen los relatos de las grandes hazañas bélicas; otras colocan por encima de todo el genio y las invenciones de las artes, de las letras o de la ciencia; otras se sienten más bien emocionadas por la generosidad y las virtuosas acciones encaminadas a socorrer a nuestros semejantes, desasosegándose por su salud, y ello por inclinación natural y temperamento de cada uno. Ahora bien: el íntimo sentir de Godinot Chevassut era el mismo del sabio Carlos IX, es decir, que no pueden establecerse cualidades más altas que el ingenio y la destreza, y que las gentes que poseen estas dos son las únicas dignas de que en este mundo se las honre y admire; y en nadie encontraba tan brillantes y bien desarrolladas estas cualidades como en la estupenda sociedad de los rateros, estafadores, descuideros y vagabundos, cuya vida generosa y sus singulares trucos se desenvolvían todos los días ante él con una inagotable variedad.

Su héroe favorito era maese François Villon, parisiense tan célebre en el arte de la poética como en el de la estafa y la rapiña. ¡Seguramente hubiese dado la *Ilíada* y la *Eneida* y la novela, no menos admirable, de Huon de Bordeaux por el poema de las Comilonas caseras, y aun por la mismísima *Vida de maese Faifeu*, que son las epopeyas rimadas de la truhanería! Las *Ilustraciones de du Bellay*, el *Aristóteles peripolítico*n y el *Cymbalum mundi* le parecían obras muy



flojas al lado de la Jerga seguida de los Estados generales del reino del Argot y de los Diálogos del Avispado y del Papanatas, escrita por un pícaro e impresa en Tours con autorización del Rey de Thunes, Simón el Embaucador, Tours, 1603. Y como, naturalmente, los que sienten estima por cierta virtud desprecian grandemente el defecto contrario, nada le parecía a él tan odioso como las gentes simples, de inteligencia espesa y de espíritu poco complejo. Llegó hasta tal punto este desprecio, que pretendió cambiar por completo la distribución de la justicia mandando que cuando se descubriera algún grave latrocinio se colgase no al ladrón, sino al robado. Era toda una idea la suya. Creía ver en ella el único medio de apresurar la emancipación intelectual del pueblo y de hacer llegar a los hombres del siglo hasta un supremo progreso de ingenio, de habilidad y de inventiva que, según él decía, era la verdadera corona de la humanidad y la perfección más estimada por Dios.

Esto en cuanto a la moral se refiere. Respecto a política, estaba convencido de que el robo organizado en gran escala favorecía como nada la división de las grandes fortunas y la circulación de las pequeñas; únicas causas que pueden producir el bienestar y la liberación de las clases inferiores.

Como veis, sólo le llenaban de gozo la diestra y equívoca argucia, las sutilezas y las trapacerías de los verdaderos curiales de Saint-Nicolas y los viejos trucos de maese Gonin, que habían conservado su sal y su ingenio desde hacía dos siglos; también le alegraba que Villon el villonense fuese su camarada; de ningún modo uno de esos marrulleros a la manera de los





Guilleris o del capitán Encrucijada. Desde hoy el malvado que apostado en una carretera despoja brutalmente a un viajero inerme le parecía tan repugnante como a todo espíritu sano; así le sucedía también con los que sin esfuerzo alguno de imaginación penetran con fractura en alguna casa aislada, la saquean y a veces degüellan a sus dueños. Pero si Godinot Chevassut hubiese sabido que algún distinguido ladrón había tenido el cuidado de no estropear el dibujo de un trébol gótico con una brecha practicada en una tapia para entrar a robar en la casa, de tal modo que quedasen patentes su buen gusto y el arte de su ejecución, seguramente nuestro magistrado habría considerado al ladrón mucho más que a Bertrand du Guesclin o a César, el emperador, y todavía me quedo corto.

## LOS GREGÜESCOS DEL MAGISTRADO

Ya dicho todo esto, creo que es el oportuno momento de descorrer la cortina, según era costumbre en nuestras antiguas comedias, y de dar un puntapié trasero al señor don Prólogo, tan enojosamente prolijo que ha sido necesario en el transcurso de su exordio despabilar tres veces las velas. Que se dé prisa, pues, a terminar, rogando a los espectadores, como Bruscombille, que "limpien las imperfecciones de su dicción con el cepillo de su sabiduría y reciban el enema de sus excusas en los intestinos de su impaciencia", y ya está dicho, y la acción va a comenzar.



La escena, en un salón bastante grande, sombrío y amueblado. El viejo magistrado está sentado en un amplio sillón esculpido, de retorcidas patas y de respaldo vestido con un tapetillo de damasco franjeado; está probándose unos gregüescos flamantes que acaba de llevarle Eustaquio Bouteroue, aprendiz del maestro calcetero Goubard. El señor Chevassut, anudándose las agujetas de los gregüescos, se levanta y se sienta continuamente, y de cuando en cuando le dirige la palabra al aprendiz, que, rígido como un santo de piedra, se ha sentado, accediendo a la invitación, en el filo de un taburete y mira al magistrado con azoramiento y timidez.

"¡Hum! ¡Éstos ya cumplieron su misión!" – dijo el magistrado empujando con el pie los deteriorados gregüescos que se acababa de quitar: mostraban ya su tronado tejido como una ordenanza prohibitiva del prebostazgo; y todos los pedazos se decían adiós..., un adiós desgarrador.

El chistoso magistrado recogió sin embargo el viejo vestido ineludible para coger su bolsillo, del cual sacó algunas monedas y las extendió en la mano.

"Es indudable – añadió – que nosotros los hombres de leyes hacemos un uso muy prolongado de nuestros trajes gracias a la toga, bajo la cual los llevamos mientras los tejidos lo resisten y las costuras se mantienen discretamente bien; por esta razón, y porque es necesario que todo el mundo viva, aun los ladrones, y por tanto los maestros calceteros, no regatearé nada los seis escudos que el maestro Goubard me pide; y aun añado



